



CAZA DE BRUJAS

LA AUTÉNTICA HISTORIA
DE LOS JUECES DE LA VERDAD

ALFONSO TRINIDAD

Luciérnaga

CAZA DE BRUJAS

LA AUTÉNTICA HISTORIA
DE LOS JUECES DE LA VERDAD

ALFONSO TRINIDAD



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Alfonso Trinidad Hernández, 2018.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: noviembre de 2018

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17371-44-9

Depósito legal: B. 24.751-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Fernando Gómez	11
<i>Introducción</i>	15
1. El universo misterioso de la magia	19
Una visión y múltiples interpretaciones.	19
Es magia	21
Orígenes oscuros de la magia.	24
La magia se institucionaliza	26
2. Inquisición versus brujería	29
Un planteamiento general	29
Una visión animista. Los bárbaros.	33
Un serio antecedente «inquisitorial»	36
La primera Inquisición	39
Puliendo el método	43
La crisis templaria	45
3. Nuevos tiempos, diferentes métodos	51
¿Inquisición o inquisiciones?	51
Tensión social no resuelta	54
Legalidad bajo sospecha	57
Brujería en el disparadero	59
4. A la caza y captura de la bruja	65
<i>Best sellers</i> medievales	68

El perfecto chivo expiatorio	71
¡Bruja, confiesa!	74
El impacto económico de la caza de brujas	77
Zugarramurdi	79
El asombroso caso del brujo de Barbota	83
Psicopatía de brujas en Cataluña	86
La ciegucecita de Viana	89
Balance de víctimas	92
Ocaso y decadencia del Santo Oficio	95
5. Jueces de la verdad y cazadores de brujas	99
Matthew Hopkins	101
Sébastien Michaëlis	107
Diego Rodríguez de Lucero	113
Balthasar von Dernbach	117
Peter Binsfeld	119
Pierre de Lancre	121
Roger Nowell	126
Nicolas Rémy	129
Joan Malet	132
6. Los enemigos de los cazabrujas	137
Anton Praetorius	137
Johannes Brenz	138
Andrés Laguna de Segovia	141
Friedrich Spee	141
A modo de conclusión. El caso de Anna Göldi	147
<i>Apéndice</i>	<i>151</i>
Cazadores de brujas y cine: diez películas que no deberías perderte	153
<i>Agradecimientos</i>	<i>175</i>

EL UNIVERSO MISTERIOSO DE LA MAGIA

Una visión y múltiples interpretaciones

Brujería, nigromancia, ocultismo, alquimia..., conceptos que desde la tradición se han asociado casi siempre a la vertiente más negativa de aquello que suele agruparse bajo la noción de «magia». Siglos de rechazo e ignorancia, unidos a la superstición popular, han degenerado en una confusa aglomeración de conceptos, que conviene clarificar a fin de entender mejor su desarrollo y los motivos que impulsaron su aparición.

«¿Qué es, por tanto, la magia? ¿Cuál era el poder de esos hombres tan perseguidos? ¿Existe una ciencia oculta que obre prodigios?», se planteaba, entre otros interrogantes, el exjesuita francés Alphonse Louis Constant (1810-1870). A lo largo de su existencia, abandonó paulatinamente el sacerdocio para adentrarse en los entresijos del ocultismo, adoptando el seudónimo iniciático de Eliphas Lévi. «¡Magia! ¡Ciencias ocultas! —escribía—, he aquí palabras que os lo dicen todo y pueden haceros pensar más aún.»

Conviene notar que en el párrafo anterior aparece el concepto «ocultismo». En las últimas décadas del siglo XIX se popularizó ampliamente para englobar aquellas actividades relacionadas con la hipnosis, el espiritismo, la videncia y —con sus limitaciones— la magia en todos sus formatos. Un siglo antes, sin embargo, aún se habría confundido con el misticismo en sus acepciones más benévolas. Dentro de las negativas, simplemente se la habría considerado brujería.

Desde una perspectiva contemporánea, esta acepción suele confundirse con otra muy similar: esoterismo. Un seguidor de Eliphás Lévi, el también francés Gérard Encausse (1865-1916), proponía establecer diferenciaciones entre ambos términos, sin dejar de considerar el ya citado misticismo. La biografía de Encausse, médico de profesión, coincide con la de su predecesor en el sentido de que también aparcó su faceta profesional de colegiado a fin de conocer mejor cuanto se relacionara con el tema. Quizá al lector le suene por su nombre de guerra: Papus.

En esencia, este estudioso entendía por «misticismo» la experiencia que una persona percibía al trascender la realidad cotidiana, tomando contacto con entidades superiores. A título de ejemplo, los episodios extáticos de santa Teresa de Jesús se englobarían dentro de la citada categoría. El sujeto, de manera inducida o no, accedía a unos niveles alterados de la conciencia donde observaba visiones, recibía mensajes e incluso era testigo de acontecimientos en el tiempo.

El siguiente estadio, el esoterismo, agrupaba, en opinión de Papus, el antedicho fenómeno místico junto con otras manifestaciones. El estudio interno o secreto de aquellas disciplinas, frente a una perspectiva externa o profana, conducía al entendimiento de su origen y las razones que obedecían a su gestación. De aplicarse una metodología científica, incluso era factible reproducir las experiencias en un laboratorio dictaminando qué leyes se desarrollaban y en qué condiciones.

Quedaría por nombrar el término «ocultismo». Si el esoterismo se limitaba al mero estudio del fenómeno, el nuevo concepto iba un paso más adelante al buscar su aplicación en la vida diaria. Obviando las motivaciones de su uso, las cuales ya pueden suponerse, de nuevo se estudiaban los efectos de cada práctica y sus consecuencias. Papus siempre defendió que su aplicación debía obedecer a criterios moralmente altruistas, despreciando otros más mundanos o groseros.

Hoy por hoy, la frontera que separaría los referidos conceptos resultaría demasiado tenue para considerarla desde una perspectiva funcional. De ahí que se engloben en lo que actualmente

se denomina «parapsicología», con la intromisión de la tecnología moderna en su análisis. En su vertiente más científica, implica el empleo de instrumentos de medición cada vez más sofisticados. Una segunda vertiente, más romántica, abarcaría su historia y cómo derivó a lo largo de los siglos.

Es magia

Al margen del sentido que se quiera dar al estudio y conocimiento de tales asuntos, es obvio que vendrá presidido por una palabra que aún en la actualidad suscita temor y suspicacia: «magia» (*magus* o «poder» en latín). Si recuperamos las lecturas de Eliphas Lévi, en particular la que pretende documentar su desarrollo, se leerá que «por magia debemos entender la gran ciencia». Por sí misma, sería un instrumento neutro. Las intenciones de su aplicación dependerían del usuario.

Hay tantas definiciones del término como escuelas esotéricas han existido o sobrevivido durante milenios. Para el sabio romano Apuleyo, el mago vendría a ser alguien capaz de comunicarse con los dioses inmortales, adquiriendo la capacidad de satisfacer sus deseos. Más pragmático, el parapsicólogo irlandés Zack Martin la definiría como la emanación de órdenes mentales a nivel del subconsciente para influir sobre la materia o las personas.

«La magia nace con la voluntad del ser humano de dominar las fuerzas de la naturaleza», expone el escritor e investigador Bartolomé Bioque, en su libro *Magia blanca: el poder de lo sobrenatural*.¹ Siguiendo tal razonamiento, el siguiente punto que considerar vendría dado por el propósito con el cual se emplea. De ahí surgirían la magia blanca y la magia negra, de sentido claramente opuesto. A caballo entre ambas, se ejecutaría la denominada magia roja o neutral, una idea que apenas cuenta con algunos siglos de existencia.

1. Barcelona, Océano Ámbar, 2011.

Para tener una leve noción de las respectivas ramas, la magia blanca perseguiría finalidades desinteresadas o solidarias; la negra, por el contrario, se dedicaría a ejercer el mal en todos sus ámbitos, mientras que la magia roja satisfaría necesidades más egoístas o banales, aunque sin alcanzar una virulencia tan maligna. Su finalidad, en las escuelas cabalísticas, se resumía de la siguiente manera: «Si lo haces para los demás, es magia blanca; si solo es para uno mismo, es magia negra».

¿Cómo averiguar si alguien la ejerce en un sentido u otro? Difícil cuestión que solo puede responder el propio interesado. «Es muy importante saber distinguir la una de la otra —nos recuerda Eliphaz Lévi—, pues el desconocimiento de una clara consciencia de sus usos encierra grandes y terribles responsabilidades.» A partir de aquí, tocaría describir al amplio colectivo humano que la emplea —o empleaba— al margen de su moralidad. Esto es: magos, pitonisas, adivinos, augures, hechiceros, videntes, chamanes..., y muy especialmente las brujas. O los brujos, si se terciara.

La misma acepción de «bruja» tampoco posee un origen claro. Los diccionarios suelen despachar su definición indicando que brujas —y brujos— son aquellas gentes dotadas de habilidades presuntamente mágicas con vistas a causar daños diversos. Que su presencia deviene universal lo demuestra el término que las designa en latín, *malefica*, que proviene a su vez del adjetivo *maleficus*. De él derivan términos como «maléfico» o «maleficio», que persisten en la actualidad. Con este nombre fueron conocidas en toda Europa hasta bien entrada la era moderna.

Sin abandonar la lengua muerta del Imperio romano, existía además el adjetivo de procedencia griega *phrygius*, latinizado como *brugius*. Ambos hacían referencia a los habitantes de Frigia, que residían en la península de Anatolia (Turquía), cuyas mujeres solían evidenciar grandes dotes paranormales. No en vano de ahí procedía Casandra, hija del mítico rey troyano Príamo, que pasó a la posteridad por el dudoso honor de convertirse en la *brugia* más conocida de la Antigüedad, gracias a Homero y su obra *Ilíada*.

Surgen a partir de entonces términos equivalentes en diferentes lenguas. Si en italiano se llamaba *strega*, se traducía al anglosajón como *witch*, en germano antiguo como *hexe* y en francés, *sorcière*. En nuestra geografía peninsular también pueden encontrarse variantes locales. En Euskadi y Navarra, el término utilizado es *sorginak* («echadora de suertes» en euskera); *meiga* en Galicia, y, finalmente, en Cataluña, *fetillera* o *bruixa*, vocablo muy similar a la palabra lusa *bruxa*.

A efectos etimológicos, la primera mención peninsular de las *broxas* o *bruixas* queda recogida hacia 1287 en un código catalán, según descubrió el antropólogo Carmelo Lisón. Su significado venía a equivaler a «súcubo» o demonio femenino. La misma palabra, más tarde, puede encontrarse en las *Ordinaciones y paramientos de la ciudad de Barbastro* (Aragón), un texto escrito en 1396. Ello indujo al citado antropólogo a colegir que la calificación de «bruja» surgió inicialmente en los Pirineos, pues en la vecina región gala del Languedoc también se empleaba el término *brouche*.

El conjunto de habilidades, conocimientos, actividades y creencias manipulados por brujas y brujos se denomina, por extensión, «brujería». Ahora bien, dentro de la misma órbita cabría situar el apartado de la «hechicería», un concepto muy similar, aunque no sinónimo. De nuevo, si los diccionarios nos definen la palabra como «el conjunto de prácticas y conocimientos tendentes a dominar acontecimientos y personas», resulta lógico suponer que el hechicero sea quien efectúe tales prácticas.

Las diferencias entre brujería y hechicería resultan igualmente sutiles. Para el antropólogo Julio Caro Baroja, el primer colectivo basaría sus actividades en un entorno rural; el segundo, en cambio, efectuaría sus prácticas en el medio urbano. Por su parte, el ya aludido Carmelo Lisón puntualiza que la distinción se fundamenta en la fuente de su poder. Los hechiceros y hechiceras se consagran al mal invocando los poderes satánicos o de la oscuridad.

Las brujas, por contra, prefieren una aproximación más directa, convocando en persona al Príncipe de las Tinieblas, esta-

bleciendo un pacto con él para renunciar a su fe religiosa. O, al menos, tal era la impresión que tenían los inquisidores. «Su poder proviene de la adoración personal y voluntaria al demonio —suscribe Lisón—, adquirido por el pacto explícito y personal con Satán en conciliábulo nocturno y destructor.» En otras palabras, la brujería se transforma en una forma terrible de herejía para la Iglesia, una oposición frontal a los credos y preceptos dictados desde Roma.

Faltaría por describir una tercera diferencia entre ambos conceptos: los métodos empleados en sus arcanas artes. Si la bruja recurre a la flora y la fauna circundantes para elaborar pócimas, ungüentos y similares con que sugestionar a sus víctimas, la hechicera emplea todo tipo de «objetos de poder» a fin de obtener unos fines semejantes. Entrarían dentro de este espectro amuletos, objetos relacionados con el sujeto o la víctima (véanse, por ejemplo, vestidos, trozos de uñas, mechones de pelo), varitas mágicas, etc.

Orígenes oscuros de la magia

El punto de partida para la magia se pierde en la noche de los tiempos. Otro tanto sucede con la brujería. «Es una religión, quizá la más antigua existente en Occidente —expone la psicóloga norteamericana Miriam Simos, alias *Starhawk*, en su obra *La danza en espiral*—.² No se basa en dogmas, creencias, escrituras o en un libro de revelaciones.» La brujería, añade, toma sus enseñanzas de la naturaleza y busca su inspiración en los astros, el vuelo de los pájaros, el crecimiento de los árboles o los ciclos de las estaciones.

En todo caso, se admite que tales cuestiones surgieron con el propio amanecer de la civilización humana, tal y como se conoce hoy. El temor a lo desconocido y a cuanto rodeaba al ser humano hizo patente la necesidad de ahondar en aquello que podían per-

2. Barcelona, Obelisco, 2002.

cibir los sentidos y más allá. Procesos y situaciones que se suponían inexplicables podían resolverse si se aplicaba un ritual o un acto similar. Sin embargo, muy pocos eran capaces de manipular aquellas fuerzas de la naturaleza, tan extrañas e invisibles a la vez.

Quienes de una manera u otra llegaban a una solución, aunque resultase absolutamente ilógica, se convertían así en seres especiales. Y tales seres adoptaban el rol de intermediarios entre la tribu y «aquello» intangible, pero palpable, en el ambiente. Invocando a un supuesto poder elevado, fuese lo que fuese, se buscaba ayuda y orientación a fin de resolver determinadas cuestiones, lo que para nada se limitó a una sola comunidad. De ahí surgieron las brujas, los hechiceros o como quiera que se les desee llamar.

Ahora bien, ¿cuándo se produjo ese momento? Quienes han invertido su vida en el estudio de estas actividades consideran que durante el denominado período Paleolítico (aproximadamente, 40000 a. C.) empezaron los incipientes balbuceos en la magia. Las glaciaciones forzaron a los pobladores repartidos por el globo a emigrar hacia regiones más cálidas, siguiendo las huellas de la fauna reinante. Mamuts, bisontes o cualquier otro cuadrúpedo se convirtieron en objeto de una caza cuyo mayor objetivo consistía en la supervivencia de la tribu.

Las pautas que seguían, o su relación dentro de la escala alimentaria, en competencia con otras especies, determinaron que los cazadores establecieran pautas de conducta. Saber quién era el macho alfa de la manada, dónde preparar una trampa o cómo prevenir el ataque de otros depredadores se convirtió en un recurso vital. Más aún lo era imbuirse en sus atributos para imponerse sobre los avatares de la naturaleza, o sobre un clan rival.

Debieron transcurrir unos diez milenios —siglo arriba, siglo abajo— antes de que apareciera la figura del chamán, o su equivalente femenino. Ataviado con las pieles de los animales cazados o con sus atributos más sobresalientes, como los cuernos o las zarpas, seguían el ritmo de las estaciones sin perder de vista

los astros del cielo. Tarde o temprano cayeron en la cuenta de que su tránsito iba repitiéndose año tras año, lo que permitió determinar la temporada de caza, o cuándo emigrar si el frío comenzaba a volverse insoportable.

Con la noción del espíritu, de un ente intangible que pervivía tras la extinción, la magia subió un nuevo escalón. De nuevo, faltaría encontrar una prueba tangible que facilitase la demostración de este aserto, pero tal vez en las pinturas rupestres pueda encontrarse alguna pista. Algunos antropólogos sostienen que, en realidad, más que escenas de caza en cuevas como Lascaux (Francia) o Altamira (Cantabria) se querían plasmar los deseos de conseguir una buena captura, fijándolos en las paredes de la cueva correspondiente para asegurarse sus propósitos.

Con el devenir de los años, cabe inferir que aquellos individuos especialmente dotados para entender y manipular aquel principio intangible desarrollaran rituales con finalidades más específicas. También cabe suponer que adoptaran una terminología y proceder propios, ininteligibles para el resto de la tribu. Y, por añadidura, las nociones de espíritu bienhechor/espíritu malévolo aplicables a los diferentes sucesos capaces de afectar a la comunidad.

El paso final dentro de este proceso se centraría en crear un panteón divino. Muy posiblemente, la primera divinidad en inventarse sería la propia Madre Tierra, esto es, la naturaleza en todas sus formas. Más adelante surgieron deidades basadas en el sol, la luna..., hasta llegar a designar oficios y actividades. Y cada uno, con su liturgia peculiar para dirigirse en la búsqueda de peticiones —póngase por caso la fertilidad— o simples respuestas. El mago, o similar, pasaba a convertirse en sacerdote, y de ahí, a enmarcarse dentro de una casta con privilegios particulares.

La magia se institucionaliza

Como solía puntualizarse décadas atrás, la historia empieza en la antigua Sumeria. Y, en lo concerniente a la brujería, tomó forma dentro de la compilación legal más antigua que se conoce: el

Código de Hammurabi. En concreto, una recomendación acerca del castigo que le corresponde al brujo si aplica sus malas artes contra otra persona. En el Museo del Louvre (París) se conserva una estela que contiene diversas leyes y preceptos, datada entre 1792 y 1750 antes de nuestra era, período en el que gobernó Hammurabi, rey de Babilonia.

De acuerdo con las creencias de esta civilización, el Código se justifica porque las leyes que contiene emanan de las propias deidades. Le correspondió a Shamash, dios de la justicia, entregárselo a Hammurabi. Obviando las peculiaridades y la dureza de sus penas, interesa revisar un edicto donde se menciona expresamente la cuestión que nos ocupa:

- Si uno ha acusado y ha embrujado a otro y no puede justificarse, se le condenará a muerte.
- Si uno embrujó a otro y no puede justificarse, el embrujado será arrojado al río. Si el río ahoga al embrujado, el que lo embrujó heredará su casa; si el río absuelve al embrujado y lo devuelve sano a la orilla, al brujo se le condenará a muerte y el embrujado heredará su casa.

No deja de sorprender que, unos pocos milenios después, se empleara el líquido elemento para demostrar si una mujer era o no una bruja. También que, por la misma época, aparecieran en Egipto las copias que la posteridad conoce como *El libro de los muertos*, aunque las traducciones más contemporáneas lo redefinan como *La obra de la salida al día*. Para la mentalidad de aquella civilización, la muerte solo era un renacimiento hacia una vida diferente, de la misma manera que el astro solar aparecía por las mañanas.

No puede hablarse de un único libro, ni tampoco se han hallado todavía dos copias exactamente idénticas, aunque su finalidad era similar: *El libro de los muertos* es, en todo caso, un conjunto de hechizos mágicos pensados para proporcionar al difunto un viaje seguro al más allá. En el British Museum de Londres se guarda el que quizá sea el manual más completo, el *Papiro de*

Hunefer, escrito durante la XIX Dinastía (c. 1310-1275 a. C.). El documento contiene doscientas invocaciones, ofreciendo con gran detalle imágenes, jeroglíficos y rituales dedicados a varias deidades.

Los egiptólogos consideran que los textos originales se copiaron de escritos funerarios muy anteriores, de alrededor del 3000 a. C., que reproducían las instrucciones plasmadas en los corredores de las pirámides. La posesión de este libro implicaba pagar verdaderas fortunas a la casta sacerdotal, pues se sospecha que algunos de los conjuros se escribieron para adaptarlos a los diseños de su propietario. No obstante, en sus líneas maestras coinciden en mostrar cómo superar el juicio de Osiris, dejar atrás el inframundo y alcanzar la eternidad ultraterrena.

Al margen de las referencias bíblicas sobre la cuestión, que más adelante se comentarán, la magia formaba parte de la vida diaria de los poderosos. Sin ir más lejos, recuérdese el episodio entre Moisés y el faraón, cuando el primero lanza su vara al suelo, esta se transforma en una serpiente y los magos de la corte replican con una medida idéntica. Los augures o adivinos residían en los grandes palacios, donde resolvían los interrogantes propuestos por los mandatarios.

En un nivel más popular, la venta de amuletos y talismanes se tornó muy habitual en las civilizaciones mediterráneas, al margen de los conjuros de protección. Ciertamente, existía un tipo de magia para finalidades inversas, y en el mundo helénico llegaron a proclamarse leyes que penaban su uso. Leyes que, además, castigaban a quienes recurrieran a los demonios para satisfacer sus deseos. Lo mismo podía leerse en las tablas del derecho romano, que mostraban severidad incluso ante la posesión de grimorios o libros de hechizos.

Con el Imperio romano, los temas relacionados con la brujería fueron regulados en mayor o menor medida por una legislación algo ambigua, y de ella vivía un colectivo de discreta existencia. Solo que, de repente, irrumpió una nueva religión que se abrió paso trastocando drásticamente el panorama vigente: el cristianismo.